

*El hombre sin adjetivos y otras obras sin importancia*

Por Elvira Popova

Leer y comentar los textos de Mario Cantú implica una disposición particular: estar listo a divertirse con el sentido del humor y con los ingeniosos juegos con el lenguaje; decodificar múltiples referencias culturales e intertextuales; enfrentarse con las dudas y el escepticismo del hombre contemporáneo; reflexionar sobre el desasosiego del autor por la relación del hombre con Dios, con el otro y consigo mismo. En fin: tener la disposición de situarse en un mundo donde ya no funciona la fuerza totalizadora de las grandes narrativas, que expresan y afirman los valores y los ideales humanistas; un mundo en el cual no tienen cabida las concepciones de la modernidad en términos de autoridad (institución, religión, familia) e ideales (libertad, igualdad y justicia, amor, heroísmo), porque se ven desplazadas por un mundo sin Dios y sin modelos que orienten al sujeto en su confusa existencia.

En otras palabras: los tres textos de M. Cantú reunidos en este libro y escritos entre 2000 y 2006, nos acercan a la visión postmoderna que encontramos en la dramaturgia mexicana contemporánea en obras de autores como L. M. Moncada, David Olguín, Gerardo Mancebo, Jaime Chabaud, Vidal Medina.

Vistos desde esta perspectiva (postmoderna) *Nocturno de la alcoba*, *Edipo güey* y *El hombre sin adjetivos* son textos que mezclan formas y estilos, fragmentan el tiempo y el espacio; desmitifican, parodian y son irreverentes hacia la tradición (sean acontecimientos históricos, héroes o valores universales); reciclan y reescriben otros textos; manejan el personaje no como parte del cuerpo social, sino como individuo en búsqueda de su identidad, como sujeto fragmentado y descentrado.

Con una estructura regresiva y alineal *Nocturno de la alcoba* representa con acciones simultáneas que oscilan entre la realidad, los sueños y los recuerdos, cuadros de la vida de Gabriel: un joven crítico de cine para quien la comunicación con los demás es una pesadilla que tiene como tema “la culpa”, y de la que infructuosamente quiere salir. El hecho, que construye el rompecabezas de la vida de Gabriel a partir del final hacia el inicio, y al que se llega hasta el término de la obra, es que él ha disparado a su novia Sofía en un desesperado intento de impedirla a que se suicide con un cuchillo. Pero el texto no pretende contar una historia, sino que deconstruye la vida de Gabriel en fragmentos yuxtapuestos en varios espacios en los cuales conviven el presente, el pasado y los sueños.

Mario Cantú no hace un análisis social para buscar los motivos que llevaron a este hecho, porque no es la violencia en sí lo que lo interesa; sino “las pequeñas agresiones que uno recibe toda la vida”, como dice Gabriel. Estas pequeñas agresiones para el autor son el otro nombre de la hipocresía y del vacío de la religión, de la familia, del matrimonio, de la educación: es decir, de los modelos que pretenden orientar el sujeto y ubicarlo “correctamente” dentro del cuerpo social. Modelos a los que el personaje se refiere con ironía, son objeto de su burla y constantemente intenta escaparse de ellos.

Gabriel: Si yo estuviera hecho para sentir culpa me habría hecho católico. Si estuviera hecho para el sufrimiento sería judío. Si estuviera hecho para el zoológico sería budista. (p.132)

Gabriel: Pero yo no tengo culpa. No puedo tener remordimientos, soy crítico de cine. [...] Lo que pasa es que la gente no tiene sentido del humor. Si la gente se pudiera reír de sí misma no necesitaría confesarse. (p. 134)<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Cantú, Mario. *Nocturno de la alcoba*. En: *El hombre sin adjetivos y otras obras sin importancia*. México: CONARTE/Tierra Adentro/CONCULTA, 2008.

Detrás de los juegos intelectuales, el sentido del humor y el cinismo a través de los cuales trata de huir Gabriel, transparenta un ser fracasado, inseguro y frágil. El amor y la amistad tampoco pueden llenar el vacío existencial porque dejan de representar para el protagonista valores, los cuales han sido transformados en una superficial comunicación cotidiana. El suicidio del amigo de Gabriel, Chope – admirador del filósofo del pesimismo Artur Schopenhauer- , quiebra lo último estable que le había quedado: la esperanza de tener un apoyo incondicional en su confusa existencia. La relación con Sofía se convierte en juego de poder en el cual el cariño y la preocupación por el gato desplazan el amor al prójimo y esto lleva al trágico final de la pareja.

Otras variaciones sobre el ser contemporáneo y su vida sin centro propone M. Cantú en *El hombre sin adjetivos*. La afinidad de Cantú por la intertextualidad y las referencias literarias y filosóficas aquí se presenta no sólo dentro del texto, sino que constituye la obra como totalidad. *El hombre sin adjetivos* es réplica de la novela “El hombre sin atributos” de Robert Musil, donde el escritor austriaco examina la existencia descentrada y sin objetivos de un personaje-antihéroe y analiza la gran crisis espiritual de la época de los años 30.

Los tres personajes de M. Cantú: Millán, Diana e Isaac son jóvenes urbanos de nuestra época, para quienes ser psicótico o narcoleptico es “la única manera de adaptarse a este mundo de mierda. Uno tiene que ser esquizofrénico para poder vivir aquí, con tantas realidades que se contraponen”, dice Millán. Es por ello que él, Diana, e Isaac habitan en sus propias realidades, construidas por el autor como partes fragmentadas de la “verdadera” realidad. ¿Pero cuál es la auténtica? La de los hombres con adjetivos quienes no viven su propia vida sino una mentira? ¿O la del

hombre quien carece de adjetivos porque los mismos habrían de remitir a un centro que ya no posee? El hombre sin adjetivos no existe para los demás, no tiene edad, no tiene personalidad, pero tiene su propia realidad donde entra por medio de tranquilizantes. El dramaturgo continúa con la recurrente desazón por la relación del hombre con Dios, por la pérdida de centro ordenador de la realidad y la repercusión en la idea del sujeto – puntos que comentamos también en *Nocturno de la alcoba*. Los juegos con el lenguaje son constantes, deconstruyendo el significado serio de las cuestiones existenciales que refiere el autor.

Millán: ¿Dios existe? Claro, porque un montón de personas se puso de acuerdo, y – aunque jamás lo hayan visto – aseguran que sí. Por ejemplo, usted y yo, a ninguno nos conocen en Tailandia, ¿cierto? Pero que tal si a un tailandés le preguntan si conoce a Mickey Mouse. De seguro le va a responder que sí. Entonces Mickey Mouse es más real que usted y yo. (p. 11)

Los monólogos de Millán en tono de “oneman show” comentan realidades actuales de una manera aguda y burlesca, con un humor negro y absurdo, que recuerda a Woody Allen.

En este texto M. Cantú es claro y directo: sus personajes están concientes de su situación, de la que hablan con ironía y cinismo:

Millán: Nuestros bisabuelos inventaron el comunismo y el capitalismo, nuestros abuelos los defendieron, nuestros padres los arruinaron y a nosotros nos dejaron el puro cascajo...Y lo mismo con el psicoanálisis, la filosofía, el amor, la belleza... (p.33)

[...] Isaac: Así es, nuestros padres nos han abandonado. (p. 54) El sexo es lo único tangible.

[...] Millán: Todo se banaliza.... El cinismo nos ha ganado.

Lo banal y la ausencia de centro han desplazado al amor, a la comunicación con el otro, a la búsqueda de algo intrascendental, al sabor a algo auténtico – sean comida, o sentimiento - hasta tal punto que en un desesperado acto de simular haber encontrado algo con sentido, Diana e Isaac realizan acto sexual en el velorio de su amigo.

A diferencia de otros personajes de Cantù, los de *El hombre sin adjetivos* sí necesitan algo en que creer y a quien querer, quieren llenar el profundo vacío existencial con algo auténtico: quieren amar y ser amados, seguir viviendo; y como no lo encuentran, el esquizofrénico de Millán asume el rol del Dios ausente, abandonado a su propia salvación.

De esta manera comprendemos, que los textos de este libro ubican a su autor Mario Cantù dentro de la perspectiva postmoderna y expresan su condición de hijo de la cultura visual, de huérfano de modelos de identificación y de utopías orientadoras, quien escribe sin importarlo paradigmas, tradiciones y modelos.